



Audioguía Por el camino de ADÁN BUENOSAYRES



INTRODUCCIÓN - PRIMEROS PASOS

Iniciamos nuestro recorrido en Tres Arroyos 280
Esta es una invitación a viajar por el espacio del escritor
Leopoldo Marechal y su novela *Adán Buenosayres*.

Una novela imponente, y una obra maestra de la literatura
argentina que se inspira en la *Odisea* y la *Divina Comedia*.
Decía Marechal:

Al escribir mi Adán Buenosayres no entendí salirme de la poesía.

Desde muy temprano, y basándome en la Poética de Aristóteles,

me pareció que todos los géneros literarios eran y deben ser

géneros de la poesía, tanto en lo épico, lo dramático y lo lírico. (...)

Me pareció que la novela, género relativamente moderno, no podía

ser otra cosa que el sucedáneo legítimo de la antigua epopeya. Con

tal intención escribí Adán Buenosayres y lo ajusté a las normas

que Aristóteles ha dado al género épico.

Pero *Adán Buenosayres* está ambientada aquí nomás,
en una Buenos Aires que sigue siendo reconocible más de cien
años después. Les proponemos recorrer el barrio de Adán
Buenosayres... a la vez que viajamos en el tiempo.

Nos remontamos a la primera mitad del siglo XX para ubicarnos
en el corazón de una tierra de inmigrantes: españoles, italianos,
judíos, turcos, sirios y libaneses... una Buenos Aires próspera y
fabril, pero también una Buenos Aires de hombres y mujeres de
Letras y de Música.

Una Buenos Aires abierta al mundo, que da esperanza de trabajo.

Nos encontramos, para más precisión, en Villa Crespo, uno de
"los 100 barrios porteños", como canta el tango.
Un barrio céntrico de la ciudad, codo a codo con Caballito,
donde por aquel entonces la vecindad se agrupaba



en torno a la Fábrica Nacional de Calzado y la curtiembre que le proveía materiales. Los cueros, abundantes en el país del ganado, marcaron también la historia del barrio.

Miremos a nuestro alrededor, mientras damos algunos pasos para conocer las casas, las calles, la gente de Villa Crespo. En nuestro recorrido, seguiremos al protagonista de la novela *Adán Buenosayres* durante su despertar metafísico en una pensión de la calle Monte Egmont 303.

Hoy Monte Egmont ha cambiado de nombre y se llama Tres Arroyos, pero el espíritu de Adán permanece intacto.

El viaje geográfico del protagonista por la cartografía porteña se corresponde con su otro viaje interior hacia los afectos, la exploración de la identidad y su despertar metafísico.

Las fechas hablan: nuestro personaje inicia su peregrinar precisamente un 28 de abril, jueves de Semana Santa, de mil novecientos veintitantos.

Pero, ¿quién es Adán Buenosayres?

Siguiendo el adagio que dice “pintarás tu aldea y pintarás el mundo”, Leopoldo Marechal le dio a su personaje un nombre que une lo local y lo global.

“Adán” nos remite al origen de la humanidad: todos podemos ser Adán. Y “Buenosayres” evoca lo cercano y tangible de nuestra idiosincrasia porteña.

Empecemos ahora nuestro recorrido en Tres Arroyos -o Monte Egmont- 280, donde Leopoldo Marechal vivió entre 1910 y 1934. En esta dirección lo recuerda una placa, con un código QR que podemos escanear con nuestros celulares para conocer más sobre la historia del barrio y sus personajes ilustres.

Así, de la mano de Leopoldo Marechal, iniciamos la primera de nuestras nueve estaciones en torno al mundo de Adán y su galería de personajes.

Acompaña nuestro paseo por aquella Buenos Aires de antaño el recuerdo de Xul Solar, Jacobo Fijman, Norah Lange y Jorge Luis Borges, entre otros poetas, narradores y artistas que aparecen transformados en *Adán Buenosayres*.

Todos ellos, desde las páginas de la novela, le dan vida a la ciudad que fue promesa de prosperidad para hombres y mujeres de todo el mundo.

¡Allá vamos!

PRIMERA ESTACIÓN - LA ESQUINA DE ADÁN

Tres Arroyos y Olaya

Desde Tres Arroyos 280, la dirección de la casa que habitó Leopoldo Marechal, vemos la esquina de Tres Arroyos y Olaya, la primera estación de nuestro recorrido.

Aquí exactamente se levanta la pensión en la que vive Adán Buenosayres. La dirección es Monte Egmont 303, aunque esa dirección hoy no existe en los planos de Buenos Aires.

No sabemos si existió alguna vez: pero en su realidad literaria aquí está, en la esquina de Tres Arroyos y Olaya, el hogar de Adán Buenosayres.

En esta esquina alguien barre la vereda. Es la joven Irma, que en el comienzo de la novela entona unos versos del tango *El Pañuelito*, de Juan de Dios Filiberto. La voz es tan tentadora como su dueña y Adán piensa: “Irma era un grito desnudo toda ella, pero un grito de dieciocho años”.

Con el despertar de Adán se despereza la ciudad, evocando el tono majestuoso de una antigua epopeya griega:

Trenes orquestales entraban en la ciudad, o salían rumbo a las florestas del norte, a los viñedos del oeste, a las geórgicas del centro y a las pastorales del sur. Desde Avellaneda la fabril hasta Belgrano ceñíase a la metrópoli un cinturón de chimeneas humeantes que garabateaban en el cielo varonil del suburbio corajudas sentencias de Rivadavia o de Sarmiento. (...) Aquí los banqueros de la calle Reconquista manejaban la rueda loca de la Fortuna; más allá ingenieros graves como la Geometría meditaban los nuevos puentes y caminos del mundo. Buenos Aires en marcha reía: Industria y Comercio la llevaban de la mano.

En su cuarto de la pensión, Adán manotea una pipa, la enciende y se esfuman sus sueños. Sobre su despertar se arremolinan los recuerdos: el campo en Maipú, provincia de Buenos Aires; la cara del director de la escuela donde enseña como maestro; el rostro de su amada Solveig Amundsen en una casona del barrio de Saavedra; una estampa de Cristo heredada de su abuela:

Adán repasó la granada y la rosa, las pipas fraternales, los libros en sus anaqueles. Detuvo luego su mirada en el Cristo de Lezo crucificado entre el sol y la luna, estampa familiar que había traído de Pamplona su abuela Úrsula y que había heredado él como nieto mayor.

Mientras se despierta, en medio de esa parodia de Génesis que se desarrolla en su habitación, Adán recuerda a sus amigos y compañeros de aventuras literarias: el astrólogo Schultze y su vecino Samuel Tesler, personajes que representan en la novela al pintor Xul Solar y al poeta Jacobo Fijman. Al fin, abre los ojos y saluda:

—¡Buenos días, Tierra!

Las voces y sonidos de la calle lo invaden: chicos que gritan “gol”, insultos y risas. La voz de Doña Francisca que pelea con Alí, el verdulero, que tira de un carro repleto de hortalizas y frutas. Y mientras tanto, también suben hasta su ventana los olores del otoño y de las hojas muertas.

Se encontraba en el número 303 de la calle Monte Egmont, ciudad de Buenos Aires, Argentina, Hispanoamérica, hemisferio sur, globo terrestre, sistema planetario solar, Macrocosmo, y por lo tanto sometido al movimiento incesante que resultaba del triple movimiento de la tierra: el de su rotación sobre sí misma, el de su traslación en torno del sol y el de su fuga, con todo el sistema planetario, a una velocidad de mil ciento setenta quilómetros por minuto.

Estos pensamientos cósmicos contrastan con la realidad cotidiana que devuelve a nuestro personaje a su presente: debajo de la cama yacen el orinal, las pantuflas deshilachadas, sobre la mesa los libros y apuntes de clases, mezclados con escritos de sus alumnos...

En la misma pensión, vive su amigo, el excéntrico Samuel Tesler, en quien Marechal encarna al poeta Jacobo Fijman. Adán toca a su puerta y Samuel lo recibe en una estrafalaria bata zodiacal.

El quimono era de seda color amarillo huevo, y tenía dos caras: la ventral o diurna y la dorsal o nocturna. En la cara ventral y a la derecha del espectador se veían dragones neo-criollos que alzaban sus rampantes figuras y se mordían rabiosamente las colas; a la izquierda se mostraba un trigal en flor cuyas débiles cañas parecían ondular bajo el resuello de los dragones. (...)

En otros lugares de la cara ventral aparecían: el preámbulo de nuestra Constitución escrito en caracteres unciales del siglo VI; los doce signos del Zodíaco representados con la fauna y la flora del país; una tabla de multiplicar y otra de sustraer; las noventa y ocho posiciones amatorias del Kama Sutra y un anuncio del Doctor X, especialista en los males de Venus.

Adán y Samuel Tesler charlan, piensan, filosofan, arreglan el mundo... A las 12 se despiden. Adán baja las escaleras rápidamente, sale y respira profundo el aire del nuevo día.

Nuestro personaje, a quien bien podemos imaginar como un *alter ego* de Leopoldo Marechal, escucha unos gritos infantiles que provocan a la Chacharola, una vieja vecina siciliana, malhumorada y rústica, que viene andando por la calle Hidalgo. El autor de *Adán Buenosayres* conoció y tuvo profunda ternura por la verdadera Chacharola, que vivía a la vuelta de su casa, sobre la calle Olaya.

En este personaje Leopoldo Marechal sintetiza el carácter de las muchas inmigrantes italianas que llegaron a la Argentina desde fines del siglo XIX. Se calcula que entre 1876 y 1930 vinieron al Río de la Plata dos millones y medio de italianos. El país, bajo el lema de “Orden y Progreso”, ofrecía suelo, educación y generosa acogida a millones de personas que dejaban el viejo mundo con la idea de “hacerse la América”.

Después de cruzar unas palabras, la Chacharola se aleja por la calle Monte Egmont, hoy Tres Arroyos, rumbo a la de Olaya.

Mientras tanto nosotros vamos, desde nuestra ubicación en Tres Arroyos, en dirección a la calle Hidalgo, para acercarnos a nuestra próxima parada.

Recorriendo esta misma calle Adán se cruza con Polifemo, un viejo mendigo ciego que anda siempre por el barrio.

Se lo distingue muy pronto, con su chaquetón de color de musgo, su barba torrencial, sus ojos de profeta y aquel brazo amenazador que sabía dirigir exactamente hacia el Cristo de la Mano Rota, en la iglesia de San Bernardo.

“¡Qué gran actor era Polifemo! ¡Tra, la, la! El negocio iba como sobre ruedas, y nadie sospechaba en Villa Crespo que bajo ese chaquetón de color de musgo se escondía el propietario de tres casas de renta y una más en escritura, ganadas todas con el sudor tranquilo de su arte.”

SEGUNDA ESTACIÓN - EL BOULEVARD DE LA MUERTE

Warnes y Tres Arroyos

Siguiendo los pasos de Adán, nos paramos ahora en la esquina de Tres Arroyos y Warnes. Esta diagonal, donde hoy se apiñan los talleres mecánicos y las casas de repuestos, era en aquellos tiempos “el boulevard de la Muerte”: es decir, la calle que conectaba Villa Crespo con el cementerio de la Chacarita y donde Adán se cruza, en su épica caminata, con un cortejo fúnebre.

El cortejo avanzaba entre un ondear de penachos luctuosos y un repique de solemnes herraduras. Seis caballos negros, lustrosos de sudor hasta las verijas, babeantes de espuma y encorvando sus orgullosos pescuezos, tiraban del coche fúnebre, gobernados con riendas blancas por dos rígidos aurigas que miraban al oeste. Detrás venía la carroza de las flores, palmas, coronas y cintas de color morado. Luego los cupés de los deudos con sus farolas enlutadas, y veinte más en fila, relampagueantes de charol.

¡Hurra! ¡Hurra! ¡Viva el muerto!

Ante el paso del cortejo fúnebre, aparecen las preocupaciones metafísicas de Adán: la vida y la muerte, el alma y el cuerpo. Al mirar en torno suyo, ve que los hombres se descubren con reverencia ante el coche fúnebre y duda: ¿debe quitarse o no el sombrero, en señal de respeto?

Se descubren todos. ¿Por qué? Un odio instintivo a la muerte, pero un odio reverencial. (...) Un cuerpo sin alma, una herramienta sin artesano, un buque sin piloto. ¡Al diablo la materia sin la forma!
Yo no me descubro.

Pero algo fallaba en su orgulloso razonamiento,
y Adán lo reconoció en seguida.

Con todo, un alma inmortal habitó ese cuerpo que ya está disolviéndose: un alma usó en ese cuerpo de su terrible libertad y lo hizo cumplir mil gestos dignos o abominables, prudentes o locos, ridículos o sublimes. (...)
¡Me sacaré el sombrero!

Adán se descubre, y en ese momento se vislumbra ya la medianoche del siguiente día. La medianoche en que ángeles y demonios pelearon por su alma frente a la iglesia de San Bernardo, ante la figura inmóvil del Cristo de la Mano Rota. Con mirada metafísica, Adán se ve a sí mismo como un pez atrapado en el anzuelo de un pescador.

Un pez en el anzuelo, yo: un pez que ha mordido el anzuelo invisible y se retuerce a medianoche.

Y piensa:

La caña del pescador está sin duda en esa mano rota.

La imagen del Cristo pescador ya aparece en un poema de Marechal de 1940. Forma parte de los *Sonetos a Sophia*, que le valieron el Premio Nacional de Poesía. Escuchémoslo en su propia voz, en una grabación de 1967:

Perdido manantial, llanto sonoro
Dilapidado ayer en la ribera
De la tribulación, quién me dijera
¡Que pesarías en balanza de oro!

*Rumbo de hiel que todavía lloro,
Crucero sin honor y sin bandera,
¡Quién me diría que a la primavera
Del cielo caminaba tu decoro!*

*Y cuando recelosa y desvelada,
Puesta en su mismo llanto la mirada,
Mi soledad entre dos noches iba,*

*¡Quién le dijera, para su consuelo,
Que abajo estaba el pez en el anzuelo
Y el admirable Pescador arriba!*

Sin distraerse, Adán vuelve sus ojos a *La Nuova Stella de Posílipo*, un barcito cercano donde había unos cocheros fúnebres jugando a las cartas y tomando unos tragos. El nombre del bar, *La Nuova Stella de Posílipo*, lo toma Marechal de un restorán del centro de Buenos Aires donde se reunían los integrantes del grupo literario Martín Fierro.

Adán echa finalmente una última mirada a los cocheros. Está a punto de cruzar Warnes:

Pero bien sabía él que, apenas cruzara Warnes, entraría en un universo de criaturas agitadas: en aquel otro sector de la calle se habían citado al parecer todas las gentes de la tierra, mezclaban sus idiomas en un acorde bárbaro, se combatían entre sí con el gesto y los puños, instalaban al sol el tablado elemental de sus tragedias y sainetes, y todo lo convertían en sonido, nostalgias, alegrías, odios, amores.

Crucemos Warnes con Adán, pero hagamos un pequeño desvío hacia la calle Serrano para vislumbrar cómo eran aquellos tiempos de sainete y conventillo.

TERCERA ESTACIÓN - BUENOS AIRES, CIUDAD DIVERSA

Serrano 156

Caminamos hasta Serrano 156. Aquí encontramos una huella tangible de aquella Buenos Aires de antaño: el Conventillo de la Paloma, construido a fines del siglo XIX. El edificio, que tenía originariamente 112 piezas y apenas dos baños compartidos, se hizo famoso gracias a un sainete de Alberto Vacarezza. El hacinamiento en este y en otros conventillos era causa frecuente de peleas, como refleja Marechal en *Adán Buenosayres*.

Avancemos unos metros hasta Murillo, donde hoy se levanta un conjunto de torres.

Antiguamente, sobre esta manzana delimitada por Gurruchaga, Murillo, Serrano y Padilla, existía la Curtiembre La Federal. En la novela se llama “Curtiembre la Universal”. Aquí encontraron trabajo criollos e inmigrantes de todas las procedencias. Un último vestigio, un ladrillo que perteneció a la chimenea, ubicada en la esquina de Padilla y Serrano, se conserva en la Biblioteca Alberdi, una de nuestras próximas paradas.

Adán siente el hedor de la curtiembre típico del barrio, y lo describe como “un tufo de grasas podridas y de cueros rancios”.

Sus narices captan ahora las primeras emanaciones de la curtiembre «La Universal», que se yergue a un tiro de piedra, con sus muros apestados y sus ventanales ciegos, viscosa y reluciente bajo la lluvia, como un hongo maligno.

Con ese recuerdo continuemos nuestro camino por Murillo hasta Gurruchaga y retomemos el camino de Adán.

CUARTA ESTACIÓN - LA HORMIGA DE ORO Y LAS MUJERES DE ADÁN

Gurruchaga entre Murillo y Padilla

En las cercanías de Gurruchaga entre Murillo y Padilla, Adán Buenosayres transpone el umbral de la tienda “La Hormiga de Oro” para comprar cigarrillos. En sus inicios, el negocio estuvo en Gurruchaga 410, cerca del Café Izmir. El nombre “La Hormiga de Oro” es el de una tienda que su fundador vio en Marsella, durante una escala de su largo viaje en barco hasta la Argentina.

Ruth, la vendedora de “La hormiga de oro”, aparece como la maga Circe que retuvo a Ulises en su largo viaje de regreso a casa.

Escuchemos cómo lo narra Leopoldo Marechal:

Adán Buenosayres traspuso el umbral de «La Hormiga de Oro», y se halló envuelto en una luz de gruta que velaba los mil y un artículos de la tienda. Cajas de cigarrillos, muñecos de veinte centavos, jabones de afeitar, novelas policiales y tarros de caramelos parecían vivir en la más estrecha de las hermandades. Un fuerte olor de pescado frito deshonraba la tenducha, comunicándole ciertos visos de fondín.

¿Y Ruth?

Adán se formulaba esa pregunta cuando, atraída como la araña por el zumbido de la mosca, Ruth apareció entre las cortinas verdes que separaban el negocio de la trastienda.

— ¡Usted! —exclamó, entre sorprendida y alborozada.

— ¡Buenas tardes, Ruth! —saludó Adán en tono festivo—, ¿Cómo anda «La Hormiga de Oro»?

— ¡Mal! —se quejó Ruth—. Los amigos nos olvidan.

Con una mano afanosa trataba de poner orden en el escándalo de su pelo: ¡ay, su cabeza, un nido de caranchos! Con la otra masajeaba curativamente sus ojos: ¿le habrían quedado señales de lágrimas?

—¿Olvidar a «La Hormiga de Oro»? —refutó Adán mirándola con ojos ponderativos—, ¡Usted se calumnia, Ruth!

— Hace ocho días justos que no viene a «La Hormiga de Oro» — puchereó ella.

«¡La criatura más linda que haya concebido mujer después de haberse acostado con un hombre!», opinó Adán, clásicamente.

Finalmente, Adán deja atrás a Ruth, mujer de carne, que lo tienta. Su alma es fiel a su Solveig, la mujer etérea y lejana a la que admira y dedica su *Cuaderno de Tapas Azules*. A ella le entrega su corazón y sus versos.

¿Y qué decir ahora de Solveig Amundsen? Todo y nada. Solveig Amundsen era la materia prima de toda construcción ideal, o el barro con que se amasan los ensueños. Y era todavía indescriptible, como un agua que no ha tomado aún ninguna forma ni se ha vestido de ningún color.

Como Dulcinea para Don Quijote, como Beatriz para Dante, Solveig es para Adán Buenosayres la mujer ideal, resumida en la figura pura de una rosa blanca. Tan ideal que se resiste a tocarla:

Ella también era una rosa blanca, una rosa de terciopelo mojado. Su voz debía de tener algún parentesco íntimo con el agua, pues era húmeda y de clarísimas resonancias. Estando solos en el vivero de las flores, aquel recinto nos aproximaba como nunca: y esa fue mi gran oportunidad y mi riesgo inevitable. Porque junto a ella sentí de pronto el nacimiento de una congoja que ya no me abandonaría. Como si en el instante de mayor acercamiento se abriese ya entre nosotros una distancia irremediable: como dos astros que al tocar el grado último de su cercanía tocan el primero de su separación.

Para el personaje de Solveig Amundsen, Leopoldo Marechal se inspira en la escritora argentina Norah Lange, el gran amor del poeta Oliverio Girondo.

Norah era la sexta hija de una familia de origen noruego. Pelirroja, llamativa, de ojos claros, inspiró varios amores de juventud entre los escritores de su tiempo y fue ella misma una valiosa narradora y poeta. Prima lejana de Jorge Luis Borges, y compañera fiel de las locuras de Girondo, en sus *Cuadernos de infancia* inmortalizó la casa de la calle Tronador donde se reunían Leopoldo Marechal, Horacio Quiroga, Alfonsina Storni y Jorge Luis Borges, entre otros.

Marechal transformó a Norah en Solveig, dándole el nombre de un personaje del drama *Peer Gynt*, de Henrik Ibsen, y el apellido del explorador noruego Roald Amundsen.

Dejemos atrás *La Hormiga de Oro* y la imagen de la mujer ideal. Adán se topa ahora con tres mujeres bien concretas a las que identifica por el color de sus vestidos:

Ladeazul, Ladeblanco, Ladeverde. Tres cuerpos jóvenes y macizos, acostados en el zaguán, sobre las frescas baldosas, ¡oh, gracia!

Desde el umbral, las tres miran, escuchan y murmuran. Son los oídos y los ojos del barrio. Adán prefiere ignorar a las chismosas que critican su sombrero. En la casa vecina se encuentra con otra protagonista de Villa Crespo:

Vestida y pintarrajeada como de costumbre, la Flor del Barrio se mantenía de pie en el umbral de su puerta, sin más vida exterior que la de sus ojos febriles. Así la encontraba él a toda hora y en cualquier estación, mirando eternamente hacia el mismo punto, acaso novia en acecho, terrible imagen de la espera. Así la veían los hombres de la calle, sin desentrañar su enigma, sin advertir quizá la presencia de un enigma en aquellos desbandados ojos de mujer. Sin preguntarse qué amor ausente o qué viajero desconocido llegaría por la calle que la Flor del Barrio acechaba con tan dolorosa insistencia.

Más tarde, en su caminata nocturna por estas mismas calles, Adán volverá a encontrarse con la Flor del Barrio. Esta vez la mujer se ha convertido en una suerte de ominosa máscara de cartón, que “se le queda entre los dedos”.

Y aparece detrás el verdadero semblante de la Flor del Barrio: los ojos cóncavos, la nariz roída, la desdentada boca de la Muerte.

QUINTA ESTACIÓN - RIVALIDADES PORTEÑAS

Gurruchaga y Padilla.

Sigamos caminando por Gurruchaga en dirección a Corrientes, imaginando la curtiembre a nuestra izquierda. Como Adán, que contiene la respiración, acelera la marcha y recorre los 40 metros de la zona pestilencial hasta la calle Padilla. Lo acompaña el viejo Pipo, con su tranca sabática, en “su hora única de exaltación y liberación”.

Este es, también, el lugar del encuentro con una anciana que come pan, sentada en su banco, mientras teje bufandas, escarpines y gorros... Adán la llama Cloto, porque le recuerda a la mitológica Parca. Y se pregunta si acaso la vieja no estaría hilando el destino de la calle y el de sus hombres.

En estas cuadras que lo van llevando hacia Corrientes, Adán pasa delante del Café *Izmir*, que se levantaba en Gurruchaga 434. En una mesa, tres hombres discuten entre anís y tabaco. Son un cristiano, un musulmán y un judío, síntesis del crisol de razas que fuera Villa Crespo.

Unos metros más adelante, Adán entra en la peluquería-barbería del andaluz Don Jaime.

Era una sala común, de paredes grasientas y techo cagado de moscas: dos sillones frente a un espejo enceguecido, cuatro sillas de Viena y una mesita con viejos números de El Hogar, El Gráfico y Mundo Argentino constituían la magra instalación de Don Jaime. Sin contar los dos cromos que exaltaban la dolorosa muerte de Carmen y el brindis alegre de Caballería Rusticana. (...) Mientras don Jaime sacudía un nada limpio mandil, Adán Buenosayres se administraba frente al espejo una generosa biaba de gomina. En ese instante fue cuando los primeros clamores de la guerra llegaron a la peluquería. (...) El sector de la calle Gurruchaga comprendido entre Camargo y Corrientes hervía de una multitud clamorosa que había salido y continuaba saliendo de puertas, ventanas y tragaluces. El foco de la guerra estaba situado más o menos en la verdulería “La buena fortuna”.

Leopoldo Marechal ubica la verdulería en Gurruchaga entre Camargo y Corrientes. Con satírico humor, relata una pelea callejera con las dimensiones de la Guerra de Troya. Ante los ojos de Adán Buenosayres comienza el combate:

Doña Filomena , erguida en toda la majestad de su estatura, rojos los cachetes como la cresta de un gallo, y sin soltar los tiradores de Yuyito que forcejeaba por evadirse de aquel rigor materno, dirigía la ferocidad de sus ojos contra un duro enemigo. Frente a ella, y pálida como el ángel de la muerte, Doña Gertrudis resistía el fulgor de aquellos ojos apretando contra el vientre la cabeza de Juancho. Puesto entre ambas campeonas, el tano Luigi, propietario de “La Buena Fortuna”, miraba el roto cristal de su vidriera.

El origen de la batahola había sido el fútbol. Ubicado en la primera línea del redondel, Adán Buenosayres estudió a los combatientes.

Allí estaban los iberos de pobladas cejas, que desertando las obras de Ceres, conducen hoy tranvías orquestales; y los que bebieron un día las aguas del torrentoso Miño, varones duchos en el arte de argumentar; y los de la tierra vascuence, que disimulan con boinas azules la dureza natural de sus cráneos; y los andaluces matadores de toros, que abundan en guitarras y peleas; y los ligures fabriles dados al vino y la canción; y los napolitanos eruditos en los frutos de Pomona; y los turcos de bigote renegrado que venden jabones, aguas de olor y peines destinados a un uso cruel; y los judíos que no aman a Belona envueltos en sus frazadas multicolores; y los griegos hábiles en estratagemas de Mercurio; y los siriolibaneses, que no rehúyen las trifulcas de teología; y los nipones tintóreos.

Estaban en fin, todos los que llegaron desde las cuatro lejanías,

para que se cumpliera el alto destino de la tierra Que-de-un-puro-metal-saca-su-nombre”.

Uno a uno, todos van entrando en la pelea. Hasta que la detiene el sargento Pérez, que llega de la comisaría 21, ubicada a pocas cuadras de la trifulca. La lucha cesa como por arte de magia.

Siguiendo los pasos de Adán, seguimos por Gurruchaga hacia Triunvirato, hoy Corrientes, la calle que nunca duerme, siempre despierta entre sus tesoros de libros, historia, música y arte.

SEXTA ESTACIÓN - CORRIENTES, MÚSICA Y BILLARES

Corrientes 5436

Huyendo de la pelea, Adán llega a Triunvirato, hoy la gran avenida Corrientes. Como él, doblemos por Corrientes hacia la derecha para detenernos frente al Café *San Bernardo*. Si nos cruzamos de vereda, podremos ver mejor los antiguos frisos decorativos y el frente de los pisos altos del edificio.

La calle que nunca duerme ha sido, a lo largo de las décadas, el escenario de la más auténtica cultura porteña: teatros, cines, restaurantes, librerías y por supuesto ¡tango! En el primer piso del histórico bar funcionó antiguamente una milonga que supo frecuentar Leopoldo Marechal.

Cuenta el poeta Francisco Luis Bernárdez: “Corría por nuestro grupo su fama de bailarín de tango, tan vasta como la que Raúl González Tuñón había cosechado en esos mundos y de la que teníamos pruebas, semana a semana, en la quinta de Norah Lange. Pero su templo estaba en Villa Crespo. Su templo era, lógicamente, el Club San Bernardo, al que nuestro gran amigo asombró durante mucho tiempo con sus cortes, sus sentadas y las demás figuras de la danza porteña”.

Aquí también tocó alguna vez la orquesta de una leyenda del tango: Osvaldo Pugliese. El compositor había nacido en Villa Crespo en 1905, en el seno de una familia de músicos. Integró en su orquesta a la primera mujer bandoneonista del país: Francisca Cruz Bernardo, “La Flor de Villa Crespo”.

En su extensa carrera, Pugliese compuso más de 150 temas y grabó otros cientos, como el que resuena en las páginas de Adán Buenosayres: *Cascabelito*.

Cascabel, cascabelito,

ríe, ríe, y no llores...

Y continúa Marechal:

*¡Tu historia cabía en la letra de un tango, se floreaba en la viruta
de los bandoneones y tenía perfiles de leyenda en la voz luctuosa
de los malevos.*

Con los acordes de Osvaldo Pugliese, y a lo lejos, tal vez,
la silueta de Adán bailando un tango, dejamos el café y
avanzamos por Corrientes, en el sentido del tránsito, para
conocer otra faceta de nuestro personaje: Adán Maestro.

SÉPTIMA ESTACIÓN - ADÁN MAESTRO

Corrientes 5332, Escuela Primaria Tomasa de la Quintana de Escalada.

Adán Buenosayres, como su creador, es maestro de escuela.
En la novela, autor y protagonista se confunden. Adán lleva
el apellido “Buenosayres”, que fue en realidad el apodo de
Marechal durante su infancia, cuando salía de la ciudad para
ir al campo en Maipú.

Y será también un maestro de Maipú, provincia de Buenos
Aires, el encargado de señalar la temprana vocación literaria
del pequeño Adán:

*Don Aquiles había sentenciado: «Adán Buenosayres será un
poeta». Y las miradas atónitas de los chicos se clavaron en Adán,
que palidecía, desnudo ya en su esencia y revelado en la forma
exacta de sus desvelos por aquel domine de Maipú que también
creía en la inmutable regularidad del cosmos y que todas las
mañanas, reloj en mano, vigilaba la salida del sol para castigarlo
si no lo hacía según la hora del almanaque.*

Francisco Chapo, maestro de quinto grado del colegio
Mariano Acosta, fue el que observó al niño Marechal y
sentenció que sería poeta.

Aquella Argentina de las primeras décadas del siglo XX
apostaba a la educación como pasaje al progreso y la movilidad
social.

La educación laica, pública y gratuita incorporó a las
aulas a millones de niños en un país que se contaba entre los
más pujantes del mundo. La escuela Tomasa de la Quintana

de Escalada, que funciona en Corrientes 5332 desde 1910, forma parte de su extensa red. También un jardín de infantes situado a tres cuadras, en Aguirre 752, que lleva el nombre de Leopoldo Marechal.

Desde las páginas de la novela que sigue su andar por Villa Crespo, Adán Buenosayres encarna así a uno de los tantos maestros anónimos que desde las aulas de todo el territorio contribuyen a configurar una identidad nacional. Una identidad nacida de la amalgama nativa y el masivo aporte migratorio.

El aula está en el piso alto, y es un recinto de color de aceituna, con un ventanal en ochava que da sobre la intersección de dos callecitas arrabaleras. Vueltos hacia la luz del ventanal se alinean los pupitres unánimes. A la derecha se alza un armario. Dando frente a los pupitres está el escritorio, sin otra decoración que la de un globo terráqueo de superficie resquebrajada (¿un símbolo?). Dos pizarrones alargan su negrura en la pared frontal y en la de la izquierda (...).

Mientras los alumnos escriben en silencio, Adán se apoya en el alféizar de la ventana; y, asomado a la calle, deja vagabundear sus ojos. La preñez del aire se resuelve ahora en cierta garúa finísima que a manera de un velo amortaja el suburbio y lima sus ásperos contornos.

Adán deja la escuela, pero sus pensamientos siguen y piensa en su vida y en la de tantos niños y niñas que auguran un futuro mejor. Camina y se dice:

Si al llegar a esta tierra mis abuelos cortaron el hilo de su tradición y destruyeron su tabla de valores, a mí me toca reanudar ese hilo y reconstruirme según los valores de mi raza. En eso ando. Y me parece que cuando todos hagan lo mismo el país tendrá una forma espiritual.

Adán, local y universal al mismo tiempo, se siente “un argentino en esperanza”.

Salgamos de la escuela y caminemos, esta vez en sentido opuesto al tránsito. Cruzemos Corrientes y doblemos por Acevedo hasta el número 666, donde se encuentra la Biblioteca Alberdi, nuestra siguiente estación.

OCTAVA ESTACIÓN - UN ARGENTINO EN ESPERANZA

Acevedo 666, Biblioteca Alberdi

Tras los pasos de Adán llegamos a la Biblioteca Popular Juan Bautista Alberdi, donde trabajó Leopoldo Marechal entre 1919 y 1923 mientras estudiaba para maestro.

En 1919 había muerto su padre y además de la docencia, que era su pasión, iniciaba entonces una vida de trabajo para colaborar con su familia.

La biblioteca Alberdi, nuestra penúltima parada, lo recuerda especialmente en una vitrina que conserva ejemplares de casi todos sus libros publicados y su carta de renuncia a la biblioteca.

Por esas coincidencias del destino, estamos exactamente en el 666 de la calle Acevedo.

El número tiene una resonancia sombría. Como si nos invitara a recordar el viaje de Adán a la oscura ciudad de Cacodelphia, una especie de infierno dantesco. Esa parte de la novela comienza dos días después de la travesía de Adán por Villa Crespo y nos lleva al barrio porteño de Saavedra. En su viaje a Cacodelphia, ciudad invisible en las entrañas de Buenos Aires, Adán va acompañado por el astrólogo Schultze -máscara del artista argentino Xul Solar.

De esta forma, Adán Buenosayres se une a otros héroes que pasaron por la experiencia del descenso al infierno como prueba para renacer, desde Ulises hasta Eneas, y sobre todo Dante Alighieri.

¿Cómo es esta Buenos Aires infernal? Lo explica el astrólogo, compañero de viaje y guía de Adán como Virgilio lo fue para Dante:

-Cacodelphia –me anunció- es una vía helicoidal en descenso: la constituyen nueve pasos de hélice o espiras, en cada una de las cuales se alza un barrio infernal o cacobarrio. Donde acaba una espira comienza la otra, sin más inconvenientes que un acceso difícil cuyos peligros debe afrontar y vencer el curioso turista...

Desde las puertas de la Biblioteca podríamos escuchar las campanas de la iglesia de San Bernardo, donde el Cristo de la Mano Rota, pescador de almas, sigue sosteniendo una caña invisible.

En la medianoche central de la novela, después de su caminar épico por Villa Crespo, Adán Buenosayres volverá sus pasos hacia la iglesia.

Y también nosotros nos dirigimos hacia San Bernardo: caminamos por Acevedo hacia Corrientes, cruzamos la avenida y seguimos avanzando por Acevedo hasta Murillo, donde doblamos a la derecha y caminamos una cuadra hasta la esquina de Gurruchaga.

A nuestra izquierda veremos el campanario: ahora sí, llegamos a nuestra última parada, frente a la iglesia de San Bernardo.

NOVENA ESTACIÓN - EL CRISTO DE LA MANO ROTA

Gurruchaga, entre Muñecas y Murillo

Llueve, hace frío y es de noche.

Mientras se acerca hacia la iglesia de San Bernardo, Adán se concentra en el paisaje nocturno.

El ámbito fantasmal de la calle Gurruchaga, un túnel abierto en la misma pulpa de la noche y alargado entre dos filas de paraísos tiritantes que, con sus argollas de metal a los pies, fingen dos hileras de galeotes en marcha rumbo al invierno . Fosforescente como el ojo de un gato, el reloj de San Bernardo atisba desde su torre: no queda ya en el aire ni una vibración de la última campanada, y el silencio fluye aho ra de lo alto, sangre de campanas muertas.

Estamos, junto con Adán Buenosayres, frente a esta iglesia que forma parte del paisaje cotidiano del barrio. La parroquia de San Bernardo Abad se inauguró en 1896. En el interior se destaca un retablo en madera de varios colores, pero es famosa sobre todo por el “Cristo de la Mano Rota” que domina la fachada. En 1996, aquella estatua dañada de los tiempos de Marechal fue reemplazada por otra imagen del Sagrado Corazón, que tiene las manos íntegras. Aunque tal vez ni lo note la gente que pasa distraída, sin saber quizá que aquí Adán Buenosayres se sometió a una lucha interior. Una batalla donde seres invisibles también pelearon por su alma.

*La iglesia de San Bernardo yergue su torre única en la noche:
cerrada está la verja, desierto el atrio y sin más vida que la de
sus palmeras desmelenadas al viento. Adán Buenosayres se ha
detenido allí, con el resuello agitado y el corazón batiente.*

En la noche sin límites, en la calle borrosa, Adán siente la certidumbre de una gran adivinación. Ignora que a su alrededor mil ojos atentos lo siguen y que la batalla recrudece en torno suyo, porque se acercan ya instantes definitivos. Agitado y el corazón batiente, prendido a la reja de San Bernardo, nuestro héroe mira alrededor y escucha:

*Nadie y nada: se han callado las voces y desvanecido las imágenes.
Entonces la espesa nube de sus terrores, angustias y remordimientos
estalla en un sollozo que lo sacude y ahoga, como la náusea de la
curtiembre. Luego, sin abandonar la reja, levanta sus ojos hasta el Cristo
de la Mano Rota; y permanece así, mirándolo y llorando suavemente.*

Poco después, se decide a un paso:

*Adán cruza la calle Warnes y se interna en la de Monte Egmont:
a la crisis de su alma sucede ahora un gran silencio interior
que nace del mutismo en que han entrado su memoria, su
entendimiento y su voluntad.*

Finalmente, Adán ha vuelto a casa, ha cerrado el círculo de su viaje. En su pensión, una misteriosa presencia vigila:

*Una gran quietud reina en el cuarto. El silencio sería total ahora
sin el susurro de la lluvia y el rechinar del camaranchón bajo
Adán Buenosayres, que se agita en sueños. Presencias torvas
retroceden: huyen vencidas y como a regañadientes hacia los
cuatro ángulos del recinto. De pie junto a la cabecera, Alguien ha
bajado sus armas; y apoyado en ellas vigila eternamente.*

Después de esta noche de revelación frente a San Bernardo, los tiempos imprecisos de la novela no nos cuentan detalles sobre los destinos de Adán. Pero desde las primeras líneas del Prólogo Indispensable, donde Marechal relataba la génesis de su novela, sabemos los lectores que Adán Buenosayres ha muerto. Ha muerto un día de octubre de mil novecientos veintitantos, apenas unos meses después de su despertar metafísico, su periplo por la calle Monte Egmont y el descenso a Cacodelphia. Así se narra el entierro de Adán:

En cierta mañana de octubre de 1900 veintitantos, casi a mediodía, seis hombres nos internábamos en el Cementerio del Oeste, llevando a pulso un ataúd de modesta factura (cuatro tablitas frágiles) cuya levedad era tanta, que nos parecía llevar en su interior, no la vencida carne de un hombre muerto, sino la materia sutil de un poema concluido.

La primavera reía sobre las tumbas, cantaba en el buche de los pájaros, ardía en los retoños vegetales, proclamaba entre cruces y epitafios su jubilosa incredulidad acerca de la muerte. Y no había lágrimas en nuestros ojos ni pesadumbre alguna en nuestros corazones; porque dentro de aquel ataúd sencillo (cuatro tablitas frágiles) nos parecía llevar, no la pesada carne de un hombre muerto, sino la materia leve de un poema concluido. Llegamos a la fosa recién abierta: el ataúd fue bajado hasta el fondo. Redoblaron primero sobre la caja los terrones amigos, y a continuación las paladas brutales de los sepultureros. Arrodillado sobre la tierra gorda, Samuel Tesler oró un instante con orgulloso impudor, mientras que los enterradores aseguraban en la cabecera de la tumba una cruz de metal, en cuyo negro corazón de hojalata se leía lo siguiente:

Luego regresamos todos a la Ciudad de la Yegua Tobiana.

Ha pasado un siglo desde el viaje espiritual de Adán Buenosayres, pero su esencia sigue intacta.

Cuando se publicó, las primeras repercusiones de la novela fueron variadas: ofendidos, muchos de los compañeros de andanzas literarias renegaron de verse retratados en la historia y le dieron la espalda. Pero hubo también voces elogiosas, como la del joven Julio Cortázar, que saludó la publicación como “un acontecimiento extraordinario en las letras argentinas”. Cortázar reconoció la “angustia que signa el andar de Adán Buenosayres” como “proyección del otro desconsuelo que viene de los orígenes y mira a los destinos”. Adán, recordaba Cortázar, “es desde siempre el desarraigado de la perfección, de la unidad, de eso que llaman cielo”. Y es con sus palabras que nos despedimos de este pequeño viaje literario por Villa Crespo: ¡gracias por habernos acompañado!

Sigamos nuestro camino, sin olvidar que la eterna sombra de Adán sigue tal vez la huella de nuestros pasos, invisible guía en nuestro caminar por Buenos Aires.



MECENAZGO
Participación Cultural
BA Buenos Aires Ciudad



Hoja por Hoja

Por el camino de ADÁN BUENOSAYRES

Un proyecto de Graciela Cutuli, con la colaboración de Teresa Téramo, Florencia Agrasar y Pierre Dumas.

Dirección de sonido y composición musical: Román Dumas.

Locución: Livio González.

Arte: Axel Dumas.

Realizado con el aval de la Fundación Leopoldo Marechal y la participación de María de los Ángeles Marechal, gracias al programa de Mecenazgo de la Ciudad de Buenos Aires, con el aporte del Banco Santander.

